

El coraje de ser familia

Por Corinne Zaugg

Volver a sus propios orígenes, redescubrir la alianza que le da vida y fuerza, es el primer paso que la familia puede dar para emprender el camino de «resurrección» que la sociedad humana necesita tan profundamente.



Es sólo la publicidad la que nos muestra la familia feliz y unida alrededor de la mesa desayunando. Todos sonriendo y entusiastas al comenzar la jornada, con una buena taza de café con leche y medialunas. El papá atlético que, para ir al trabajo, prefiere pasar por el césped del jardín en vez de abrir el portón. Los niños —dos, un varón y una mujer—, bien dispuestos a ir a la escuela con sus mochilas coloridas y livianas, mientras la mamá, en pijama, los sigue con mirada cariñosa hasta la puerta...

La cotidianidad que corroe

Hoy, el «buen día» de la mayor parte de nuestras familias es muy distinto. Lo marca el apuro, la impaciencia y las mil cosas que quedan por hacer antes de salir de la casa. Nada de portón para saltar o miradas tiernas de mamá, sino corridas para llegar a tiempo al trabajo, y niños reacios a agarrar sus mochilas. Los ritmos frenéticos de nuestras ciudades, de nuestros compromisos, han empezado a deshumanizarnos, creando una jungla donde sobrevive el más fuerte, donde no queda ni tiempo ni ganas para alimentar relaciones interpersonales que no sean las que «sirven»... Y a la noche, en casa, cuando todos se encuentran alrededor de la mesa para cenar, no se tiene la fuerza de decir: «¿Me pasas el pan, por favor?».

Este es el trasfondo en el que muchas familias viven. Un trasfondo no deseado pero que envuelve todo como una neblina hecha de normalidad y gestos que se repiten iguales todos los días. La rutina

es implacable. Trabaja en el silencio y corroe en las raíces el deseo de cambiar, de luchar, de sacarle lo mejor a la vida. Y con esto las relaciones familiares son las que llevan las de perder. Ante todo, la pareja. Porque, si la familia está en crisis, están en crisis los dos que dieron vida a la familia: el marido y la mujer.

¿Qué amor?

No sabemos cómo sucedió, pero hoy una de las palabras claves de nuestra existencia ha cambiado su significado. Hoy, amar significa sentir atracción por algo o alguien. Se puede amar la montaña, un perro, el marido. El amor es un sentimiento de diversa intensidad que puede justificarlo todo: que dos personas vivan juntas y también que se dejen. Y parece que nadie lo cuestiona. Pero, el

amor es «algo» que viene de lejos. Es gracias a la venida de Jesucristo que aprendimos a conocer el verdadero significado de esta palabra, a realizarla y llevarla a cumplimiento. Es Él quien nos regaló lo más bello que existe. Él, el primero que murió de amor por nosotros.

En este don total de uno mismo está el sentido profundo y verdadero del amor. Son muchos los que, en el tiempo, han asumido este amor como programa de vida, que incluía a todo y a todos, hasta los enemigos. Sería maravilloso si todos lo entendiéramos así. Lamentablemente, en el transcurso de los años, se ha ido perdiendo la dimensión racional y espiritual del amor, enfatizando sólo su aspecto romántico y sentimental, vaciándolo de contenido.

La misma suerte le ha tocado al sacramento del matrimonio. El amor se ha vuelto una aventura frágil, privadísima y, a veces, «con fines de lucro».

Familia y precariedad

Hoy nada está pensado, previsto, hecho para durar en el tiempo. En todos los sectores de la vida: político, económico, público, privado, etc., en grandes y pequeñas elecciones, todo habla de fragmentación, de transitoriedad. También la familia es tocada por el ansia del cambio.

A pesar de que los esposos prometen permanecer juntos para siempre, en las buenas y en las malas, en la salud y en la enfermedad, hasta que la muerte los separe... cuando lo cotidiano toca la vida con sus responsabilidades y monotonía, el sentimiento del amor vacila. En un matrimonio, donde se ha incluido desde el comienzo la perspectiva de terminar, donde se dejó el espacio psicológico de la duda, de la posibilidad de haberse equivocado, la crisis representa una fuerte amenaza. Es como una bomba de tiempo que estallará en algún momento.

Si la Iglesia sigue insistiendo sobre la indisolubilidad del matrimonio no es para condenar a la pareja a cadena perpetua, sino para recordar que sólo en ese «para siempre» está contenida la fórmula del éxito de una unión, su raíz más verdadera. Un matrimonio que prevé su fin, se apoya sobre las bases frágiles de una elección hecha por la mitad, que involucra sólo una parte de sí mismo. Y esto lleva a una real imposibilidad de comprometerse en un futuro que alcanza el final de la propia vida.

Un don para la vida

En la celebración del sacramento, los esposos reciben la consigna de amarse el uno al otro. No de un modo abstracto, sentimental, sino como Cristo nos ha enseñado: cuando eligió morir entregándose totalmente por nosotros. Este es el amor que el matrimonio pide a los esposos. El don total de la vida para siempre. El marido, la mujer que saben que en su unión hay espacio para la crisis, que hay tiempo para

cambiar, mejorar, aprender a ser un buen marido, una buena mujer, sin el riesgo de ser dejados si se equivocan, enfrentarán las dificultades con paciencia y con la conciencia de contar con alguien a su lado que sabe entender, esperar, equilibrar, comprender.

Los que creemos que hay una Providencia que todo lo conduce, debemos creer que la persona a nuestro lado tiene un mensaje muy especial para nosotros. Si nos casamos con aquel hombre —aquella mujer— quiere decir que desde allí debemos partir para entendernos a nosotros mismos y a nuestra vida. ¿Por qué él? ¿Por qué ella? Ciertamente no para dejarlo/a si las cosas no andan bien. Sino para llegar con él, con ella, y gracias a lo que él, ella, es y representa, a la meta que nos pusimos como cristianos, es decir, la santidad. En esta óptica, nunca el otro puede ser considerado un obstáculo sino más bien como el instrumento para mi salvación. Pero una salvación recíproca ya que a la meta debemos llegar los dos.

Si esta es nuestra tarea, significa que poseemos en nosotros las potencialidades para realizarla. Según la búsqueda de unos estudiosos, el sentimiento de felicidad viene del haber superado con éxito

to algunas dificultades y desafíos. En efecto, todos experimentamos el gozo de alcanzar algo por el cual nos esforzamos y fatigamos (un examen, un deporte...). Si la misma tensión y esfuerzo lo invertimos en el ámbito familiar, el ámbito que por lo general consideramos más importante, las cosas cambian. Si nos esforzamos día tras día para hacer funcionar nuestro matrimonio, regalar alegría y bienestar a nuestros seres queridos, hacer bien y bellas las cosas, veremos el éxito: un matrimonio sólido, vínculos fuertes entre las personas... entonces, nuestra felicidad será máxima, porque nacerá de lo más valioso que tenemos.

Por lo tanto, vale la pena comprometerse en fortalecer las bases de nuestras familias, ya que nuestra felicidad está unida a aquellos que comparten con nosotros el mismo camino, y ésta es nuestra meta de esposos cristianos. Esposos como los demás, ni mejores ni peores, ni exentos de tentaciones y problemas. Pero esposos que tienen un «cambio» más, si nos acordamos de ponerlo: confiar totalmente en el amor de Jesucristo. ☉

